—Si observáis con fijeza las generaciones que nos rodean comprenderéis mi palabra. La savia nueva es la vida y, ésta, juventud, verdor. Cuando la savia falta la juventud se ausenta, viene la agonía y la puerta por donde la muerte llega queda amplia. ¿Véis aquel grupo de árboles que sólo son armazón sin frondas? Reparad, varias generaciones forman el grupo, de los árboles algunos son bien altos; mas ¿de qué les valió si olvidaron henchir sus vasos en las generosas fuentes de savia joven? Han muerto, caerán. Reparad mejor. ¿Qué véis?

—Vemos que los pájaros van regando sus cantos y matices entre los grupos de árboles que llevan verdor en el semblante, mas, cuando son llegados á la generación de árboles sin frondas huyen al momento para ir nuevamente á hundir sus trinos y colores en los follajes...

—Si tal véis, sembradores, ¿á qué vuestra cuestión? Porque, con verdad os hablo, esos pájaros son las simientes que váis plantando. En las conciencias rebosantes de savia joven construirán sus nidos, allí modularán sus trinos; de las armazones sin frondas, de los árboles muertos se oirá sólo el graznido de los cuervos asilados allí.

Una nueva y densa bocanada de silencio cruzó por entre el grupo de obreros que ya salía del bosque.

RUBÉN COTO

Un ensueño del Rabí

Jesús pues seis días antes de la Pascua vino á Betania, donde estaba Lázaro el que había muerto, al cual Jesús había resucitado de entre los muertos.

É hiciéronle allí una cena y Marta servía.

Entonces María tomó una libra de ungüento de nardo puro de mucho precio y ungió los pies de Jesús y limpió sus pies con sus cabellos.

SAN JUAN, Cap. XII, (vers. 1-2-3).

Era en Betania. La tarde dulce y lánguida tocaba el paisaje de melancolía. Las copas oscuras de los cedros y de los cipreses tenían todavía un beso de sol.

El blanco pórtico de la casa de Lázaro sonreía entre los mirtos. Por la puerta abierta penetraba la brisa que venía de jugar entre los pomares florecidos.

Allí en la sala espaciosa de paredes azuladas y techo de cedro, estaban sentados á la mesa Jesús y sus discípulos. También estaba Lázaro el de los ojos profundos que vieron á través de la puerta misteriosa y sorprendieron el secreto de la muerte.

El Rabí estaba pensativo. Sus ojos oscuros miraban soñadores el paisaje que enmarcaba la ventana abierta. Por el camino que se perdía como una franja de colores claros entre las huertas y los olivares, se retiraba un rebaño de cabras negras. El pastor iba vestido de pieles y el viento jugaba con su larga cabellera. En el fondo claro del poniente y como pintadas en un cristal cóncavo se veía volar unas cigüeñas con rumbo á Jerusalén. Bajo el pórtico de una casita que se alzaba sobre una colinilla cercana, engalanado con hiedra, una joven vestida con blanca túnica, acariciaba á un corderillo,

Rodeaban la casa plantíos de rosales. Entre el jardín se arrullaban las palomas; se las veía blanquear entre la hierba como azucenas caídas.

En la quietud de la tarde se escuchaba quejarse la muela del molino doméstico, al que algún criado hacía girar.

La figura dulcemente varonil del Rabí se destacaba del grupo como un lirio rojo en un campo triste. Su largo albornoz de lana gruesa descendía hasta sus pies calzados con sandalias. La frente pálida que el sol había quemado durante las largas caminatas, estaba sombreada por las dos bandas de sus cabellos oscuros, que un postrer rayo de sol hacía brillar como si